



Paz Luzzi

Comparación entre los relatos de tres viajeras durante su estada en Valparaíso en el siglo XIX

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Paz Luzzi

Comparación entre los relatos de tres viajeras durante su estada en Valparaíso en el siglo XIX

Hemos revisado tres libros de viajeras en el siglo XIX, y concordamos con lo señalado por Benjamín Rojas Piña: "Para un conocimiento mayor del desarrollo cultural en Chile, es indispensable recurrir a los textos de los viajeros extranjeros que dieron sus impresiones en forma de diarios, memorias o cartas".

El PRIMERO, de María Graham, inglesa, quién llega a Valparaíso a fines de abril de 1822 en la fragata Doris, de la armada británica con los restos de su marido, el comandante Thomas Graham que había muerto al doblar el Cabo de Hornos.

María Graham cuando llegó a Chile tenía 37 años y permaneció aquí hasta febrero de 1823; su obra "Diario de mi Residencia en Chile", la publica al año siguiente. Ella ya tenía una experiencia tanto de viajes, hechos con su padre y más tarde con su marido, como también en la publicación de obras: en 1812 publica "Diario de mi Residencia en la India"; en 1814, "Cartas de la India"; en 1815 realiza una traducción del francés de las "Memorias" de Rocca sobre la guerra de los franceses en España; en 1820, "Tres meses en las montañas de Roma" y en el mismo año, un ensayo sobre Poussin, que la crítica francesa considera un libro de primer orden, por lo que su obra sobre nuestro país, además del escenario político, nos muestra un sólido cuadro de la vida doméstica y de las costumbres de la naciente sociedad chilena.

El SEGUNDO, de una vienesa nacida en 1795 -Ida Pfeiffer- quién realiza un viaje alrededor del mundo y en marzo de 1847 permanece en Valparaíso por quince días. Sus impresiones sobre esta ciudad ocupan solamente un capítulo de los dos tomos que componen su obra "Voyage d'une Viennoise dans la terre sainte: un segundo viaje a las tierras heladas del norte que también publica "Voyage au nord de la Scandinavie et Islande, dans le cours de l'année 1845". En mayo de 1846 deja Viena para realizar su primer viaje alrededor del mundo.

El TERCER libro está escrito por G.B. Merwin, de quién no tenemos datos biográficos muy precisos. Sabemos con certeza que vivió en Valparaíso durante tres años, llegando a este puerto el 28 de agosto de 1853, al parecer acompañando a su marido que habría venido por razones laborales y se instalan allí con toda la familia.

En su obra -"Three Years in Chili"- hace una detallada descripción de la vida cotidiana, fundamentalmente en Valparaíso, y algunos aspectos de Santiago que conoce en cortos viajes que realiza durante su estada. Su obra está dividida en diecinueve capítulos, el primero describe su partida desde Nueva York y a partir del sexto, se inicia su experiencia de vida en la ciudad de Valparaíso.

Rojas Piña señala que entre los siglos XVIII y XIX vinieron franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos con mayor frecuencia, en esta categoría estarían dos de nuestras autoras, la tercera por ser austríaca vendría a formar parte de las excepciones y las tres lo serían también por su género ya que -a pesar de existir en Europa un interés creciente por estos países que comenzaban a independizarse- los viajeros más numerosos eran marineros o comerciantes, y varones.

Para el período comprendido entre los años 1812 y 1831 hay un gran número de testigos que observan la emancipación política y la organización republicana y entre éstos, estaría María Graham. A partir de 1831 disminuye el número de libros y de viajeros por lo que Merwin y Pfeiffer constituyen un valioso material de análisis.

Durante el siglo XVIII los viajeros notan una fuerte influencia de España en nuestra cultura como por ejemplo en el idioma, la religión, las creencias y esto lo notaremos en la visión de María Graham, que llega en el primer cuarto del siglo XIX, y hace notar como en Chile estas características se seguirán manteniendo. En este período comienza poco a poco a apreciarse un cambio debido en gran medida a la apertura al comercio internacional y por lo tanto a una exposición mayor frente a distintas nacionalidades, que inicialmente, se reflejaran en los muebles y adornos de las casas, así como en las nuevas modas en la vestimenta que se irán adoptando.

Las tres viajeras pudieron observar el cuadrado perfecto de las ciudades y principales villas de Chile. La enorme importancia otorgada a la Catedral; las casas construidas alrededor de un patio, la vestimenta de las mujeres sobre todo cuando asistían a misa, así como la costumbre de la siesta.

Hemos organizado este trabajo, tratando de comparar las impresiones y experiencias de estas tres viajeras en la ciudad de Valparaíso, ya que es en ella donde su experiencia es más profunda; o cuando las había en relación a otros puntos, durante tres períodos distintos de tiempo. Hemos tratado de captar los matices que se iban verificando en el cambio cultural de nuestra sociedad. Estos puntos son:

I Personajes que dan Vida a las Calles de Valparaíso;

II La Vestimenta - El Poncho;

III Bailes y Diversiones;

IV Aspecto Físico;

V Modales y Relaciones Interpersonales;

VI Tiendas, Mercados, Comercio;

VII Diversas Costumbres que Resultan Curiosas a las Viajeras.

Los puntos a seleccionar podrían haber sido muchos o diversos pero nuestro criterio de selección, se basó en aquéllos que en nuestra opinión no habían sido tan extensamente tratados por otros viajeros, con el objeto de percibir algunos aspectos que nos pudieran resultar menos conocidos.

Al respecto, nos encontramos con una descripción de los personajes que dan vida a las calles de Valparaíso en las descripciones de Merwin y que habiendo estado allí por varios años, gobernando la casa y las necesidades de su familia, además de haberse establecido en un período de mayor estabilidad política en nuestro país, tuvo la ocasión de apreciar.

El Aguatero, que llega haciendo ruido y trasportando el agua en un barril en un armazón que lo sostiene y es llevado por un burro, este burro va sin riendas y un muchacho lo sigue, al llegar a las casas si el tanque donde se deposita el agua está en un segundo piso, el aguatero sube hasta allí con su barril para depositarlo y en caso que el tanque del agua esté ubicado en el primer piso, el burro es llevado hasta el patio para depositar su cargamento de

agua. Una vez terminada su entrega, el muchacho monta el burro y vuelve a toda carrera para buscar más agua.

El Panadero, atraviesa la ciudad con su mula cargada -en opinión de Merwin- de una muy buena calidad de pan, repartiéndolo de casa en casa, como lo transporta dentro de grandes cestas que cuelgan a ambos lados del animal, ocupa prácticamente todo el ancho de las estrechas calles. Aquella figura ya no en mulas sino en carretas se podía apreciar hasta la década de los años setenta en los alrededores de Santiago, en San Bernardo por ejemplo; y hoy en día tenemos esta misma costumbre que se ha adecuando a los tiempos ya que en algunas zonas de Santiago llega el repartidor del pan al volante de su vehículo y sigue transportando los diversos tipos de pan en múltiples cestas.

El Lechero, también en su mula, transporta pequeños botes de hojalata re-llenos de leche, cabalgando en su animal tan rápido que deja tras sí la huella de la leche que pierde.

La Lavandera, otra figura que se mantendrá al menos en Santiago, hasta la década de los sesenta cuando aún no se generalizaba el uso de las lavadoras en las casas, entregaba la ropa limpia para volver a cargar sobre sus hombros o cabeza la ropa sucia. Cada una de estas piezas debía tener su marca respectiva para no ser confundidas con la de otras familias.

Por último, encontramos al Repartidor de Viandas, generalmente un muchachito joven que a las horas de las comidas iba de un extremo a otro de la ciudad corriendo mientras transportaba su cargamento de comidas. Muchas personas decidían adoptar este servicio que consistía en pagar en un café, y más tarde incluso en casas de familia, para que cada día les fuera llevado hasta sus hogares un almuerzo y/o cena completos, colocados en varios recipientes de metal, introducido uno en el otro y eran sostenidos por una tira que pasaba por argollas colocadas a ambos lados de estos recipientes y en el último se ponían unas pocas brasas para mantener la temperatura. Esta costumbre se mantuvo, al menos en Santiago, hasta la década de los sesenta en que no sólo las familias podían acceder a este servicio sino también los empleados de distintas empresas y oficinas.

Nuestra observadora reflexiona acerca del rol de las dueñas de casa en nuestro país, pues considera que la tarea se les facilita en gran medida al poder contar con todo este tipo de servicios: "Este es un nuevo estilo de vida de "la-mano-a-la-boca", yo tengo siempre la impresión que seremos destituidas en cualquier momento. Es de todas maneras, tan fácil para las dueñas de casa, por no deber hacer el pan en casa ni el lavado de la ropa. (...)" Para las mujeres de ciertos recursos económicos, además de esta gran ayuda estaba la servidumbre, Merwin contrata a una cocinera que se encarga desde hacer las compras, preparar la comida hasta lavar la loza, y contrata también a un mayordomo que se encarga de servir a la mesa.

Todas la viajeras hacen, en mayor o menor grado, referencia a la manera de vestirse de los habitantes. En relación a los hombres, María Graham, nuestra primera viajera comenta: "el traje de los hombres de Chile se parece al de los campesinos del sur de Europa; camisa y calzoncillos de lienzo, chaqueta, chaleco y calzones cortos de paño con franjas de color en las costuras, abiertos y desabotonados en la rodilla para dejar ver los calzoncillos. En la vecindad de Valparaíso, sin embargo, está prevaleciendo el uso de los pantalones largos. Entre la clase acomodada los hombres usan medias blancas de algodón o de lana y en vez de zapatos se ponen zuecos o bien ojotas, pedazos cuadrados de cuero, a los cuales se les da forma amarrándolos a una horma mientras están frescos todavía, para que queden ajustados al pie (...)" Todas las viajeras en examen, hablan del poncho como elemento importante y característico en la vestimenta de los hombres. Ida Pfeiffer que viene a Valparaíso con

algunos años de distancia de Graham, encuentra que la vestimenta en general es al estilo europeo, especialmente en las mujeres; seguramente el uso del poncho hace aparecer a los hombres con un aspecto menos universal. También podemos pensar que en el lapso de tiempo que ha transcurrido entre los viajes de ambas relatoras, se hayan estado verificando algunos cambios en la moda, sobre todo por la mayor influencia extranjera que tenía la ciudad de Valparaíso.

En relación a las mujeres, Graham dice: "Me impresionó mucho el aspecto de mi venerable vecina, la cual, aunque encorvada por los años, no presenta señales de enfermedad; su andar es rápido y ágil y en sus ojos grises chispea la inteligencia. Siguiendo la costumbre del país, lleva descubiertos sus cabellos plateados, que le cuelgan por la espalda en una gruesa trenza; usa una camisa de hilo, recogida muy arriba cerrando el escote, y cuyas mangas le llegan hasta las muñecas; la enagua es de un género de lana blanco y el vestido, de lana de color, es una especie de chaqueta cerrada a la cual va unida una falda llena de plegados y adornos con una doble corrida de botones al frente. Un rosario le cuelga sobre la falda y lleva siempre puesto el manto o pañuelo, que las demás se ponen solamente cuando tienen que salir a la calle o hace mal tiempo. El vestido de la nieta no se diferencia mucho del de una francesa, sólo que el manto hace inútiles los sombreros, cofias y capotas. Las jóvenes, ya se arreglen el pelo con peinetas o se lo dejen colgando en trenzas, son muy aficionadas a adornarse con flores naturales y es muy común verlas con una rosa o un junco prendido detrás de la oreja o en los aretes", como en Lima, según Radiguet.

Cuando se asiste a misa, las mujeres se visten a la española, María Graham asiste a una misa a la iglesia Matriz y comenta: "(...); ella se había quitado su traje a la francesa y adoptó el traje español; yo tuve que hacer lo mismo y ponerme mantilla en lugar de sombrero, porque ese es el traje que se usa para ir a la iglesia. Un niño nos seguía llevando un libro de misa y una alfombra para arrodillarnos (...)". En cuanto a las mantillas, Pfeiffer dice que las mujeres usan en la calle unos grandes chales y cuando asisten a misa se lo ponen en la cabeza. También hacen comentarios sobre hombres y mujeres en la iglesia, los primeros permanecen de pie y las segundas llevan una alfombra para arrodillarse, en caso de ser ricas la alfombra se las lleva algún criado. En ocasiones de asistir al teatro sobre todo a espectáculos de ópera italiana que es el lugar de encuentro de la buena sociedad, las damas asisten elegantemente vestidas.

Merwin queda sorprendida en cambio, por las diferentes maneras de vestirse de las señoras en la calle en una determinada estación del año: "Es el Otoño de una temperada zona del sur, pero hay un pequeño cambio de temperatura con relación al Verano, y la gente se viste o de acuerdo a la comodidad o de acuerdo a la estación. Una dama va con un vestido de terciopelo, una manta de piel y un sombrero de terciopelo -una vestimenta de pleno invierno en un país de clima frío-; otra con un alegre vestido de cachemira, y quizás la siguiente usa un bonete con un lazo y un vestido. En la única cosa que todas están de acuerdo es en las largas, voluminosas faldas con las cuales barren el pavimento a lo ancho y a lo largo".

Esta misma autora nos comenta que para el "Dieciocho" todas las mujeres deben tener un vestido nuevo y los hombres un poncho nuevo así como las casas lucen recién pintadas y hasta las calles aparecen relucientes. A nuestro juicio esta tradición dieciochera se había mantenido en nuestro país hasta hace no muchos años, fecha en la cual la gente debía estrenar los vestidos nuevos, los zapatos blancos que indicaban el inicio de la Primavera y quienes podían, arreglaban su casa de la mejor forma.

Cuando se asiste al teatro, Merwin confirma la impresión de Graham, y nos dice que las señoras se visten con vestidos de gasa, encaje y seda "al último grito de la moda" de París, reluciendo además con diamantes. "(...). El vestido que encontré de mejor gusto, en todo el teatro, fue uno de encaje blanco bordado en oro, usando sobre él seda blanca, con hilos dorados en la oscura cabellera de su dueña. Oficiales nativos y extranjeros, con sus ricos uniformes contribuían a darle esplendor a la escena".

En el ámbito de la vida social, dos de nuestras tres viajeras, nos expresan sus impresiones acerca de los bailes. María Graham comenta que apenas hay un número suficiente de personas comienza el baile, sin esperar que haya una ocasión especial: "(...), con un minué, que se parece, en verdad, al solemne y majestuoso minué que hemos visto en Europa. Es grave, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada, en una palabra, en que el famoso capitán Nash de bath pudiera reconocer los graciosos movimientos de las danzas que presidió durante tanto tiempo y con tanta maestría; después del minué se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas. Estas últimas son muy graciosas, (el subrayado es nuestro) y tales como las hemos visto aquí me recuerdan las poéticas danzas que suelen representar la antigua escultura y la pintura moderna; pero en aquellos tiempos el vals no establecía tan íntimo contacto entre la alegría y la belleza de una joven y su compañero de baile. Sin embargo, aquí parecen estar habituados a ella, y reconozco que fue una tontería mía el haberme dejado alarmar por semejante espectáculo (el subrayado es nuestro) (...)". Este comentario es particularmente interesante, en primer lugar, ella comenta acerca de cómo estas danzas que son bailadas de una cierta manera en Europa, aquí tengan un estilo diferente; este cambio, esta "diversidad" implican para ella de inmediato una connotación negativa: se baila con menos solemnidad, con menos majestuosidad, es incorrecto y descuidado. Cuando se refiere, en cambio, a las danzas españolas que las conoce menos o no las conoce, no hay un preconcepción, una idea a priori de ellas, por lo tanto está mucho más abierta para aceptar lo que ve sin etiquetarlo. A este punto, le llama la atención la relación que se establece entre los bailarines, la actitud, que muy probablemente se debe haber podido apreciar en todos los bailes, ya que fueron reinterpretados en un nuevo contexto, en una cultura diferente; pero alcanza a darse cuenta que no debe hacer interpretaciones de este fenómeno desde su cultura, desde su punto de vista.

Claramente el fenómeno de la música es tan complejo -como fenómeno en sí mismo- que no tenemos ni la pericia ni el espacio para ocuparnos de ella en este trabajo, pero hay algunos comentarios de Carpentier que nos permite ver con mayor claridad este "estupor" que causaba a los viajeros la vista de nuestros bailes: "(...). Danzas movidas, siempre sexuales, en que los bailarines "parece que se dan", llevando pañizuelo al cuello, en los hombros, en la mano, y "dando puntapiés al delantal", como podría hacerlo hoy una rumbera criolla con la cola de su vestido. Hay, además, una constante analogía fonética entre los nombres de gayumbas, paracumbés, retambos, cachumbas, yeyés, zambapalos, zarambeques y gurrumbés, aludidos por los poetas del siglo de Oro español, con los de rumbas, bembés, sambas, batuques, macumbas, guaguancós, candombes, tumbas, chuchumbés, carrumbas, yambús, que proliferaron en Cuba, en Argentina, en Chile, en México, en Brasil, en Colombia y dondequiera que hubo esclavos negros en América. (...)". Más adelante, este mismo autor, nos refiere esa "retroalimentación" que sufrían los bailes llegados a nuestro continente y volvían a la "madre patria" con otra faz: "(...). En 1943, el houngan Abraham, informador del Museo Etnográfico en Port-au-Prince sobre cuestiones relacionadas con los ritos del vodú, bailó en nuestra presencia un fandán que daba como

"danza española". Curt Sachs, buen conocedor de la materia coreográfica, concluye: "El fandango, con sus variaciones, la malagueña, la rondeña, la granadina y la murciana, que recién llegaron a Europa en el siglo XVII, remontan sus orígenes a los "Reinos de Indias" americanos. Pero aún cuando este aserto se justifica, esas danzas provienen de una herencia de dos mil años, del mismo suelo español, remontándose a los fenicios que contribuyeron a su formación".

Hay un hecho cierto: las primitivas danzas, traídas desde la Península, adquirirían una nueva fisonomía en América, al ponerse en contacto con el negro y el mestizo. Modificadas en el tiempo, en los movimientos, enriquecidos por gestos y figuras de origen africano, solían hacer el viaje inverso, regresando al punto de partida con caracteres de novedad. También nacían, en el calor de los puertos, bailes que no eran sino reminiscencias de danzas africanas, desposeídas de su lastre ritual. Pero América, en el período de formación de sus pueblos, dio mucho más de lo que recibió".

A nuestra viajera austríaca estas danzas le habían resultado definitivamente indecentes, nos cuenta que por estas partes se baila a menudo al son de la guitarra pero durante su estada en Valparaíso le tocó estar durante la Cuaresma por lo que todas las diversiones públicas estaban prohibidas. No obstante, encontrándose en una posada, un grupo de personas estuvo dispuesto a darle una demostración de los bailes nacionales: la zamacueca y la refalosa "(...); pero, pronto tuve bastante: los movimientos y los gestos de los danzantes superaban todos los límites de la decencia, y yo me condolía solamente por la juventud, donde su delicadeza natural era ahogada apenas nacía frente a la vista de semejantes danzas".

Ida Pfeiffer encuentra al bajo pueblo, de una fealdad extrema: "Los indios tienen la tez cobriza o marrón amarillenta, el cabello negro y grueso, los rasgos tan desgraciados y una fisonomía tan desventajosa que cualquier frenólogo los declararía más bien asaltantes o ladrones".

Este es uno de los comentarios frente a los cuales se debe estar prevenido cuando se analiza a los viajeros/as, ya que encierra un juicio que se basa fundamentalmente en la incapacidad de reconocer al otro en su diversidad, y con una noción de belleza eurocéntrica: "todo aquello que no se nos parece es feo, no vale nada".

Merwin habla que la gente en este país está dividida en dos clases: la gente acomodada y los peones o campesinos. "En la primera, los hombres están un poco por debajo de la talla media. Ellos invariablemente tienen ojos y cabellos negros -con una piel cetrina que en muchos casos es sumamente oscura. Muchos de ellos han sido bien educados en escuelas e internados chilenos, unos pocos han viajado por Europa y Estados Unidos; pero ellos son indolentes y afeminados, dejan todo para mañana -aficionados al juego y a la ropa-fumadores empedernidos, y perdidos en sus nociones de moral".

También en este caso, nos encontramos con juicios sumamente subjetivos y sobre todo una apreciación de este tipo para con todo un pueblo no es una apreciación seria. Aquí deberíamos también preguntarnos: ¿ A qué moral se refiere? Porque poseer valores morales distintos, no significa no tener moral o estar perdidos en las nociones de moral.

En cuanto a las mujeres, dice que su belleza ha sido exagerada en manera excesiva.

"Cuando ellas usan sus graciosas mantillas negras, que armonizan con sus ojos y cabellos negro azabache, ellas pareciera que tuvieran atractivos que pierden cuando se visten con ropa de colores. Cuando se acercan a la media edad, se vuelven corpulentas. Son indolentes y descuidadas. La mujer chilena se levanta tarde; se viste a la carrera y se tira encima un horrible chal para esconder sus múltiples pecados de omisión. Su pequeño pie lo mete a

presión y sin cuidado en zapatillas de levantarse, su cabello lo peina en dos trenzas que le cuelgan en la espalda. Sus abluciones son tan solo una forma de educación para el lavatorio. En este deshabelle ella se da vueltas, entreteniéndose con algún trabajo inútil hasta que se decide, para buscar refugio, irse de compras o devolver visitas. Entonces hace su aparición en todo el esplendor de sedas y diamantes, ya que deshecha los algodones e incluso los vestidos para la mañana los prefiere en este material.

Este comentario, en lo que se refiere a la belleza física, nos parece que no tiene mayor interés en la medida que las opiniones de belleza son sumamente subjetivas y es justo que así sea; lo que podría haber resultado interesante eran las apreciaciones respecto al carácter y a su vida cotidiana pero al hacer una amplia generalización sin especificar que se trata de algún grupo particular, un cierto sector socio-económico de la población, por ejemplo las criollas casadas con europeos en el Valparaíso de aquella época, hace muchísimo menos creíble su visión ya que nos resulta difícil imaginar que todas las mujeres de un país puedan darse el lujo de llevar una vida de haraganeo y que tuvieran un poder adquisitivo que les permitiera vestirse cubiertas de diamantes y sedas. Además en algún lugar las mujeres o sectores de ellas debían hacerse cargo de las responsabilidades domésticas, sino en ¿ manos de quién estaban?

Graham se refiere a los modales de las mujeres aún cuando no tengan mayor educación formal: "(...). Sus modales son muy agradables y hay en las mujeres cierta gracia y amabilidad que llamaría la atención en los salones más correctos, lo que hace que la falta de educación no sea tan insoportable como en nuestro país, donde va siempre acompañada de vulgaridad. Aquí, la falta de cultura, hace que las mujeres tengan que recurrir a sus medios naturales de persuasión, a la gracia y a las caricias, y si en esto entra algo de astucia, es porque ésta es la protección que la naturaleza ha dado al débil en contra del más fuerte. En Inglaterra, nueve de cada diez mujeres ignorantes son vulgares, y como tales se conducen, y como tales tratan a los demás. Aquí, la simplicidad de carácter se aproxima a la más refinada educación, y una jovencita inglesa bien nacida y educada no se diferencia mucho en sus modales de una niña chilena".

Pfeiffer nos habla de diversos aspectos del modo de comportarse de los chilenos de la época, como por ejemplo que una joven chilena nunca sale de su casa sin que la acompañe un miembro de su familia o una criada; tampoco hablan nunca con un joven sin estar en presencia de otras personas. Dice que los matrimonios se realizan por conveniencia y que se realizan incluso entre personas que tienen algún grado de parentesco como tíos, sobrinas o padrastros e hijastras y que a menudo las parejas tienen dormitorios separados.

A Merwin, le llama la atención que cuando un bebé nace se le deja en manos de una nodriza que se encarga también de amamantarlo y en su opinión esta circunstancia especial influiría en que no exista una relación tan estrecha entre madre e hija como ella piensa que ocurre en los Estados Unidos, durante toda la niñez están en manos de los sirvientes de manera que no se cultiva una real confianza con los hijos.

Sólo a fines del siglo XVIII el amor entra a formar parte de la familia occidental moderna por lo que encontrar situaciones como las descritas por las viajeras no debe sorprendernos demasiado ya que es probable que estas transformaciones en el interior del núcleo familiar hayan llegado con retraso a nuestro país; es más, a nuestro juicio sería interesante detenernos a reflexionar sobre el rol de la mujer a la cual se le paga un salario: "la nana" - en Chile, en ciertos sectores de la población- para que asuma las responsabilidades domésticas ya que en muchos casos tiene aún, una responsabilidad casi absoluta de los niños.

Retomando la opinión de Merwin sobre las mujeres en Chile, opina que hay pocas instancias para poder mejorar su intelecto, no hay sociedades literarias, tampoco tiene ocasiones de realizar viajes. La vida de los jóvenes y adultos de ambos sexos es más bien monótona, entre las mujeres se reduce a asistir a misa, ocuparse de pocos quehaceres domésticos y en las noches asistir a la ópera o a las tertulias y los hombres en lugar de la misa ponen su actividad laboral o comercial, luego asistir también a la ópera o a las tertulias o participar en reuniones de juego a las cuales son sumamente aficionados. Lo que le llama particularmente la atención, es que las mujeres no asistan nunca a los funerales, van luego de la muerte a expresar sus condolencias a los deudos que esperan estas visitas, estando sentados en la oscuridad de sus salones durante varios días.

El 23 de mayo de 1822, María Graham sale por primera vez para recorrer las tiendas y los mercados de Valparaíso y cuenta que en general las tiendas, son pequeñas pero "más aseadas que las de la América portuguesa" y que en ellas se pueden encontrar una serie de productos traídos del exterior tales como sedas de China, Francia e Italia, telas de algodón de Gran Bretaña; rosarios, amuletos y cristales de Alemania.

En cuanto a los artículos que se producen en el país, raramente se pueden encontrar en las tiendas ya que se fabrican casi exclusivamente para el consumo doméstico.

"En cuanto al mercado, no se ve en él la carne muy a menudo, por estar el matadero ubicado fuera de la ciudad, en el Almendral, desde donde se conducen las reses beneficiadas a las carnicerías, a lomo de caballo o en carreta. Las carnes de buey, de cordero y de chanco son todas excelentes, pero el burdo método de cortarlas ofende la vista y el gusto de un inglés (...)"

También comenta del mercado del pescado, dice que hay pescados de óptima calidad pero que es surtido con mucha deficiencia, comenta además de la excelente calidad de algunos mariscos como las jaivas, locos y picorocos.

Algunas de las frutas y verduras que se producen en nuestro país, le parecen muy buenas, pero otras las encuentra de mala calidad debido a las atrasadas técnicas con que se cultivan.

"Fuera de los artículos de consumo ordinario, la gente del pueblo expone para la venta, ponchos, sombreros, zapatos, tejidos burdos, útiles de greda y algunas veces, jarros de greda fina de Melipilla o de Penco y tacitas del mismo material para tomar "mate". El pueblo rodea los puestos con un aire de verdadera importancia, fumando y retirándose algunas veces un poco al interior, donde el sabroso aroma que se esparce y el chisporroteo de la grasa hirviendo hacen saber a los transeúntes que allí pueden encontrar frituras dulces y sabrosas; además no escasean las copas de vino o aguardiente para mejorar la merienda (...)"

Merwin, comenta que en la época que ella vivió en Valparaíso la ciudad contaba con magníficas tiendas surtidas de múltiples artículos e incluso muebles de lujo. "(...)? Hay sedas especialmente hechas para el mercado Sudamericano, yo no había visto nunca, en ninguna parte, sedas tan espléndidas. Un viejo residente que había vuelto hacía pocos meses a Nueva York, mandó a comprar vestidos a Valparaíso para su hija".

El mercado le parecía también un lugar pintoresco, donde las mujeres se ponían en el suelo con sus mercaderías expuestas sobre un paño y esperaban durante todo el día que sus eventuales clientes agotaran sus productos.

Cuando María Graham llega a Valparaíso en 1822 tiene la sensación de un país sumamente atrasado, dice así "Todo aquí está tan atrasado con respecto a las conveniencias y mejoras de la vida civilizada, que si no recordásemos el estado de los High-Lands de Escocia hace

setenta años, sería de no creer que este país haya estado por más de tres siglos en manos de un pueblo tan culto y tan brillante como era el pueblo español en el siglo XVI, cuando tomó por primera vez posesión de Chile".

A su llegada, las únicas prendas de vestir que los chilenos compraban en tiendas eran los zapatos y los sombreros pero no porque no existieran tiendas bien guarnecidas, ya que desde la apertura del puerto al comercio se podían encontrar telas de Europa y vestidos para las clases acomodadas, como darán testimonio otros viajeros, sino que la gente estaba acostumbrada a elaborarlas en sus casas: "(...) la gente del país conserva todavía la costumbre de hilar, tejer, teñir y hacerse todas las cosas para el uso personal en su misma casa, excepto los zapatos y sombreros. La rueca y el huso, la devanadera, el telar que consiste en unos cuantos palos cruzados, sirve para tejer la camisa o los calzones de lienzo, la chaqueta de lana y la manta, lo mismo que la alfombra o tapiz que se extiende en el estrado, en la cama, en la silla, y se lleva a la iglesia, como lleva el musulmán su estera a la mezquita para arrodillarse y rezar sus oraciones".

Las yerbas y raíces del país proporcionan abundantes y variadas tinturas, y pocas son las familias que no cuentan con una mujer entendida en las propiedades de las plantas, ya sean medicinales o para teñir. La corteza del quillay se usa continuamente para limpiar y restaurar los colores".

Una experiencia que impacta a Ida Pfeiffer es la "singular costumbre" de celebrar como un acontecimiento alegre la muerte de un niño pequeño, que le viene dado el nombre de angelito. "No le cierran los ojos, por el contrario, tratan de abríselos lo más posible, le ponen un poco de color en las mejillas, se le viste con sus vestidos más blancos, se le cubre de flores y se le sienta en una pequeña silla que es colocada en una especie de nicho adornado también con flores. Los parientes y los vecinos vienen inmediatamente a felicitar a los padres por tener un angelito. La primera noche los parientes y los amigos ejecutan todo tipo de danzas delante del angelito y se dejan llevar por la alegría como en el mejor de los jolgorios".

En otra ocasión es testigo de una ejecución que se realizó en Valparaíso, un asesino fue fusilado en la Plaza del Orden. "Miles de personas se reunieron en las laderas de los cerros, en los techos de las casas y en cualquier lugar que les permitiera ser testigos de la ejecución. El criminal vestido con un largo camisón blanco, y acompañado por tres curas, fue atado a un poste, con su espalda contra éste y atado de pies y manos. Ocho soldados se ubicaron frente a él, y a una señal, cuatro de ellos apuntaron a su corazón, la inclinación de su cabeza fue el único movimiento perceptible luego de la descarga. Yo no tenía intención de ser testigo de un espectáculo tan horrible, pero mirado con unos anteojos de larga vista, para ver como aseguraban al hombre, los soldados dispararon antes de que pudiera apartar mis ojos. Este es el modo en que se ejecuta en Chile".

Con esta descripción no logramos entender si sólo este modo de ejecutar le parece un horrible espectáculo o si quiere decir que las ejecuciones en general le parecen condenables, tenemos la impresión que se estuviera refiriendo al modo de ejecutar en Chile (que lamentablemente no era de nuestra invención), pareciera que su condena no se hace más extensiva y si estuviéramos en lo cierto, si la sensación que nos aflora fuese real, nos parece peculiar condenar sólo una manera de llevar a cabo la ejecución y no la pena de muerte en su globalidad.

Por último, la viajera comenta la manera en que se deja a los niños expósitos en un hospital de Santiago: "(...), donde los niños son dejados día y noche, sin ninguna posibilidad de detectar por quién, mediante un torno, en una muralla; se golpea ligeramente para llamar la

atención del portero, entonces la caja se gira hacia dentro, y el bebé es recibido, nunca más será reconocido por la persona que lo ha dejado. Alrededor de quinientos niños son anualmente abandonados por sus padres en Santiago".

Podemos decir que el análisis de los viajeros -en general- es sin duda importante ya que nos permite percibir la "atmósfera" de nuestro país en el momento en que ellos vinieron, claro está que su visión dependerá del momento en que ellos viajen ya que estarán influenciados por el contexto teórico de su propio mundo, esto es, que entre los siglos XVIII y XIX su influencia estará determinada por la Ilustración, por el Romanticismo o por el Liberalismo. En el caso de nuestro trabajo, a todos estos elementos debemos agregar uno de excepcionalidad ya que las tres obras en examen, recogen el testimonio de tres mujeres en dos momentos diferentes. La frecuencia mayor de los viajeros en esa época, era de los que pertenecían al sexo masculino por lo que esta visión nos ha permitido percibir a través de la mirada femenina este mundo.

En muchas ocasiones las visiones que nos transmiten los viajeros/as podrán ser coincidentes y dependerá de su capacidad de ver al otro con menos ideas preconcebidas, con mayor apertura frente a lo nuevo así como de su nivel de instrucción.

En nuestro trabajo quien nos dió una más amplia visión de lo doméstico fue Merwin ya que tuvo la ocasión de estar por un período bastante largo (tres años) viviendo el cotidiano en la ciudad de Valparaíso. Ella y Pfeiffer estuvieron en nuestro país en un momento de mayor estabilidad política, mientras que Graham llegó poco después de la Independencia de manera que era un momento en el que se buscaba una estabilidad luego de profundos desórdenes. Estas dos visiones no se reflejan con mayor claridad en nuestro análisis ya que hemos dejado de lado los aspectos políticos, dedicándonos a los aspectos -como ya mencionáramos en la introducción- más subjetivos y los que nos parecían podrían ser menos conocidos.

BIBLIOGRAFIA

- Badinter, Elisabeth, L'amore in piú. Storia dell'amore materno, Longanesi & C., Milano, 1981, pág. 283
- Carpentier, Alejo, La Música en Cuba, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989, pág. 346
- Graham, María, Diario de mi Residencia en Chile, Editorial Francisco de Aguirre, S.A., Buenos Aires, 1972, pág. 316
- Merwin, G.B., Three Years in Chili, Follet, Foster and Company, New York, 1861, pág. 158
- Pfeiffer, Ida, Voyage d'une femme autour du monde, Librairie Hachete et Cie., París, 1874, Quatrieme Edition, pág. 607
- Rojas Piña, Benjamín, "La Sociedad y la Educación en Chile según los Viajeros del Período 1740 a 1850", Mapocho, Santiago, julio de 1963, Tomo I, No 2

[Facilitado por la Universidad de Chile](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

